EL ARBITRAJE ESPAÑOL EN LA CUESTIÓN DEL TUAT (1896)

Francisco Manuel Pastor Garrigues
IES «Sanchis Guarner» Silla (Valencia)
franciscomanuelpastor@yahoo.es

A mis padres

A finales de siglo XIX España jugaba un papel de incuestionable peso, importancia y prestigio en el planteamiento de la cuestión marroquí. En 1896, el joven sultán de Marruecos Abd al-Aziz plantó cara a las aspiraciones anexionistas francesas sobre el Sáhara oriental marroquí y anunció sus deseos de someter la cuestión del Tuat a un arbitraje internacional, en el que la voz de España iba a tener una relevancia principal. Éste era un síntoma del relativo peso que ejercía la monarquía restauracionista en los asuntos marroquíes en vísperas del desastre de 1898. La diplomacia hispana se beneficiaba así de la política llevada a cabo en los años anteriores y desde 1887, consistente en un enfrentamiento diplomático y en una guerra de espías con Francia, con la pretensión de defender la integridad territorial del Imperio jerifiano y la soberanía del Sultán Mawlay-Hassan I, padre de Abd al-Aziz.

PALABRAS CLAVE: colonialismo, cuestión marroquí, penetración en el sáhara, el Tuat y Marruecos, Abd al-Aziz, frontera argelo-marroquí.

THE SPANISH MEDIATION ABOUT THE TOUTAT QUESTION (1896)

In the late 19th century Spain played a role of unquestionable influence, importance and prestige in the approach to the Moroccan issue. In 1896 the young Sultan of Morocco, Abd al-Aziz, stood up to France's aspirations for annexation of the Moroccan Eastern Sahara and announced his wish to submit the Toutat question to international arbitration, in which Spain's opinion was going to be of great significance. This was a symptom of the relative influence wielded by the restorationist Monarchy in Moroccan affairs before the 1898 disaster. Spanish diplomacy thus benefitted from the policy pursued in earlier years since 1887,

[Recibido: 3/6/19; Aceptado: 19/11/19]

consisting of a diplomatic confrontation and a war of spies with France, with the intention of defending the territorial integrity of the Sharifian Empire and the sovereignty of Sultan Mawlay-Hassan I, father of Abd al-Aziz.

KEYWORDS: Colonialism, Moroccan Issue, Penetration of the Sahara, Touat and Morocco, Abd al-Aziz, Algerian-Moroccan Frontier.

Introducción

En sí misma considerada «la cuestión del Tuat en 1896», las pretensiones de la Tercera República francesa de apoderarse a finales del siglo XIX del Sáhara oriental marroquí es una «cuestión mínima», de una relativa trascendencia en la historia del acoso colonial al Imperio jerifiano: ese año el gobierno francés intentó, en un paso más de su escalada agresiva hacia el Sultanato marroquí, controlar el territorio del Tuat y el Gobierno del Sultán se opuso a ello, buscando el arbitraje español. El gobierno de Madrid, falto de los apoyos de la Tríplice, a su vez intentó actuar de acuerdo con Gran Bretaña, y Francia dejó caer su reclamación, ignorando la propuesta de arbitraje. Sin embargo, si tenemos en cuenta la importancia para España de sus relaciones con Gran Bretaña y Francia en el marco de la crisis de 1898, la correspondencia diplomática española en torno a la pretensión francesa sobre el Tuat podría iluminar el punto de partida de la posición hispana sobre Marruecos, entre la Guerra de Melilla de 1893 y la crisis de 1898, en el marco de su dimensión colonialista y en el de sus relaciones con Francia y Gran Bretaña.

La historiografía española más reciente no dispone todavía de trabajos que hayan analizado adecuadamente el curso de este incidente ocurrido en el Sultanato marroquí, en ese momento coyuntural. La pobreza de investigaciones empíricas sobre la política restauracionista en el terreno de las relaciones internacionales en otros aspectos que no sean los atinentes a los conflictos coloniales en el Pacífico y Caribe a finales del siglo XIX es evidente, y ello se debe tal vez al peso que entre los autores tenía la tesis de que el régimen de la Restauración careció de una auténtica política exterior en los asuntos relativos a Marruecos desde 1893. Al respecto se señala que los gobiernos del turno carecieron de una orientación política de altura, entendiendo los investigadores que ello era también consecuencia del tradicional aislamiento de España en los asuntos internacionales, que databa ya de comienzos del siglo XIX. Tanto liberales sagastinos como conservadores canovistas ajustaron sus acciones, inexorablemente, a adoptar una actitud de reserva y de escasas posibilidades de actuación en el plano genérico de las relaciones exteriores, salvadas unas cuantas excepciones. Con todo, haciendo una cala en la publicística de la época, encontramos que las amenazas francesas sobre los oasis de los lejanos confines meridionales de Marruecos era un tema que llamaba la atención de la opinión pública hispana de las postrimerías del siglo XIX. No solo de la de tendencia africanista, sino en sentido amplio, de numerosos sectores del país; buena prueba de ello es el tratamiento contemporá-

neo del tema.¹ Sin embargo, en el panorama historiográfico español actual, la cuestión del Tuat solo ha sido objeto de atención por parte de tres investigadores: Cristóbal Robles Muñoz, Manuel Fernández Rodríguez, y José Ramón Diego Aguirre.² El objetivo de estas líneas ha sido, en lo anecdótico, llevar a cabo un relato de las amenazas republicanas sobre el extremo sur-oriental del Imperio marroquí; en lo nuclear, hemos intentado articular un esquema tanto sobre las causas —políticas, económicas o ideológicas— del colonialismo francés a finales del siglo XIX como sobre los motivos que impulsaron a la Tercera República a desencadenar el proceso de ocupación del Sáhara oriental. No hemos pasado por alto la forma en que la prensa francesa tergiversaba la realidad histórica de los oasis, y por último hemos intentado revisar a fondo la cuestión de la política marroquí de España en el marco de su política exterior en vísperas de la crisis de 1898, tratando de despejar dudas en torno al problema de si a partir de la debilidad de la posición hispana en el Sultanato que constataba García Sanz, hacia 1880, tal situación se había paliado, y si el incidente del Tuat ofrecía luz sobre la influencia de España en Marruecos en ese contexto finisecular.

La historiografía del hecho imperial y las aspiraciones francesas sobre el Sáhara marroquí

La renovación actual de la historiografía del colonialismo y del hecho imperial, en todo caso, nos permite ir más allá del mero relato del incidente e introducirlo en una problemática más amplia. El nuevo gobierno francés, el ministerio Méline (1896-1898), con G. Hanoteaux en Asuntos Exteriores, el «ministerio de la Agrupación» (o «ministerio de los Curas», según las izquierdas), apoyado por los banqueros y por la pequeña burguesía se decantaba por la ocupación del Sáhara oriental marroquí.³ ¿Por qué acontecía esto, pre-

1. Torres Campos, R., «El Congreso y la Exposición de Geografía en París en 1899», *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, vol. XXIX, Madrid, 1890, p. 20; *La cuestión de Canarias en la Sociedad Económica Matritense*, Madrid, Imprenta y Fundición de Manuel Tello, 1891; *La Ilustración Hispano-americana*, Barcelona, 22 de noviembre de 1891, p. 4. Andrade, Luis, «Tuat y Muluya», *Memorial de Ingenieros del Ejército*, vol. VIII, Madrid, 1891, pp. 358-362; *Archivo diplomático y consular de España. Revista internacional*, n.º 415, Madrid, 31 de julio de 1892, p. 1; *El Popular*, Madrid, 7 de noviembre de 1893, p. 2.

2. Robles Muñoz, Cristóbal, «El Mediterráneo y la diplomacia secreta. España e Italia en 1894», *Rassegna storica del Risorgimento*, vol. XXXIV, Città di Castello, 1997, pp. 487-528; Robles Muñoz, Cristóbal, «El horizonte europeo de la guerra de España en Cuba (1896-1898)», *Anuario de estudios americanos*, vol. 58, 2001, pp. 537-572; Robles Muñoz, Cristóbal, «España y el equilibrio mediterráneo (1890-1891)», *Hispania*, vol. 208, Madrid, 2001, pp. 583-618.; Robles Muñoz, Cristóbal, *La política exterior de España. Volumen n.º I. Una política mediterránea, occidental y de paz (1899-1905)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2006, p. 86. Fernández Rodríguez, Manuel, *España y Marruecos en los primeros años de la Restauración (1875-1894)*, Madrid, C.S.I.C., 1985, p. 270. Diego Aguirre, José Ramón, «Referencias históricas de Marruecos en el desierto sahariano», *Revista de Historia Militar*, vol. 65, Madrid, 1988, pp. 35-36, 40-41.

3. Gabriel Hanoteaux, junto con un pequeño círculo en el que destacaban Paul Anthelme Boude y Eugène Etienne, preconizaban la idea de que Francia debía ejercer un «*paramoun power*» en el noroeste de África.

cisamente ahora?»⁴ A finales del siglo XIX, el «edificio» colonial francés en el África subsahariana estaba prácticamente terminado, habiéndose llevado a cabo la unión con sus posesiones del norte a través del lago Chad. No obstante, todavía quedaba por llevar a cabo la ocupación efectiva de los confines saharo-sahelianos además del establecimiento del protectorado francés en Marruecos.⁵ Martínez Milán ya apuntó en su día que en esa tesitura, la expansión sahariana era para el nuevo gobierno republicano una necesidad urgente.⁶ Dentro de la historiografía gala actual, tal necesidad viene explicada de forma que el colonialismo de la Tercera República sobre el norte de África respondería a unas causas de política de potencia. Se señala en este sentido que a esas alturas el sistema internacional habría entrado en una fase de rivalidades más intensa; de este modo, en dicho cuadro el sistema de alianzas —la Dúplice franco-rusa frente a la Triple Alianza germano-austro-italiana— habría recreado una situación de equilibrio inestable según la cual cada alteración de la posición de una potencia o sistema de potencias podía verse como una amenaza para otra potencia o serie de ellas. En este contexto, incluso algunas zonas extraeuropeas podían considerarse estratégicas para la propia defensa de la metrópoli (caso de Francia con respecto al Norte de África).

Krishan Kumar señala que tal vez el rasgo más llamativo del Imperio francés, al menos hasta el período posterior a la Primera Guerra Mundial, sea la relativa poca importancia del factor económico y la correspondiente importancia de las consideraciones militares, estratégicas y de prestigio.⁷ Jean-Claude Allain recalca al respecto que para la República la baza marroquí fue sobre todo una pieza esencial de la organización de su defensa estratégica en Europa. De hecho, las posesiones galas de Túnez y Argelia eran vistas como vulnerables en el oeste: el sultán de Marruecos no representaba una amenaza, pero se entendía que en caso de una guerra en Europa algún enemigo de Francia (¿Alemania? ¿Inglaterra?) podría, de grado o por la fuerza, utilizar su territorio para atacar Argelia y obligar al gobierno galo a enviar allí unidades de combate a fin de debilitar su defensa en Europa.⁸ Sin embargo, al margen del hecho inobjetable de que tales preocu-

4. Dumasy, F., «L'Imperialisme, un débat manqué de l'histoire contemporaine française? Pour une relecture des travaux d'Yvon Thébert dans la perspectiva de la colonisation», *Afrique & Histoire*, n.º 3/1, 2005, pp. 57-69.

5. Krishan Kumar apunta que la adquisición para Francia de los territorios de lo que hoy en día constituye Mauritania, tan extensa como Níger —pues multiplicaba por dos el área de la Francia metropolitana— pero nueve de cuyas diez partes eran desierto, se llevó a cabo por motivos mayoritariamente estratégicos, para contribuir a unir el resto de territorios del África occidental francesa e impedir otras presencias extranjeras. Véase Kumar, Krishan, *Imperios: cinco regímenes imperiales que moldearon el mundo*, Barcelona, Pasado & Presente, 2018, pp. 454-455.

6. Martínez Milán, Jesús, «Un discurso relativo a la frontera sur del reino de Marruecos entre el reinado de Mulay Hassan I y el establecimiento del protectorado hispano-francés (1874-1912)», *Awrâq*, n.º XVII, 1996, p. 251.

7. Kumar, Krishan, *Imperios...*, cit., p. 455.

8. Allain, Jean Claude, «La Conferencia de Algeciras en la estrategia diplomática francesa a comienzos del siglo XX», en González Alcantud, José Antonio y Eloy Martín Corrales (eds.), *La conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2007, p. 53; id., «La relation entre la France et le Maroc avant 1912, d'après leurs traités», en Allain, J. C. (ed.), *Représentations du Maroc et regards croisés franco-marocains*, París, L'Harmattan, 2004, pp. 75-92.

paciones estratégicas o de política de potencia puedan estar presentes en el desencadenamiento de las actuaciones francesas, hay que rebajar el peso que estos historiadores les dan en el origen y desarrollo del proceso colonial. Y en todo caso, proceder a su posible integración en hipótesis más amplias y complejas que puedan multiplicar su fuerza interpretativa. Por su parte, para H. Brunschwig la explicación de la proyección colonial francesa se ha de encontrar en el auge del nacionalismo en la Tercera República profundamente herido por la derrota de 1870.⁹ Los argumentos de este autor han llegado a calar tanto en la historiografía gala que hasta los autores marxistas han aceptado su interpretación de que los aspectos económicos del colonialismo francés fueron insignificantes. En un intento por rescatar la interpretación marxista han mantenido que el imperialismo financiero galo —sin proyección militar— podía encontrarse en otras partes: en Rusia, en el Imperio otomano, etc. Este ejercicio dialéctico concluía que el colonialismo francés no fue imperialista, ni el imperialismo francés colonial.¹⁰

Con todo, a pesar de lo dicho en el párrafo precedente, estudios posteriores han venido a matizar dichas tesis. Sobre el caso del colonialismo galo en el período 1880-1914 disponemos al respecto de varios estudios que parecen apuntar en otras direcciones. Así podríamos citar el trabajo conjunto de Bouvier, Girault y Thobie según el cual, en efecto, la motivación económica habría estado prácticamente ausente en la expansión francesa hasta bien entrada la década de 1880.¹¹ Pero después de esta época, especialmente en Marruecos —y por ende, en el Sáhara— o Indochina, estos factores habrían jugado un papel mucho más importante, aunque comercio exterior (y capital industrial) e inversiones (capital financiero) habrían marchado por caminos separados durante todo el siglo XIX; a la altura de 1900-1904-1906 se empezaría a evidenciar una clara sintonía entre ambos sectores del capital, la cual se habría podido apreciar claramente en relación a Marruecos, el Imperio otomano, Rusia y los Balcanes. Por su parte Jacques Marseille, haciendo un uso amplio del banco de datos de la profesora Catherine Coquery-Vidrovitch sobre el comercio colonial francés (1880-1960), concluyó en que se dio una ruptura en la relación entre capitalismo y colonialismo francés, pero en todo caso fue posterior a 1930. En el período inicial (1880-1930) la industria francesa necesitaba la salida del mercado colonial protegido y el matrimonio entre colonialismo y capitalismo fue feliz.¹² Consecuentemente, debemos movernos ahora en el terreno de las consideraciones más generales: si algo parece claro, en efecto, a la altura de nuestros actuales conocimientos es que una aproximación monocausal, en el sentido de explicar la expansión colonial de la Tercera República a partir de un único factor —el económico, por ejemplo— dejando a los demás como meros epifenómenos, sería extraordinariamente reduccionista o simplifi-

9. Brunschwig, Henri, *Mythes et réalités de l'imperialisme colonial français, 1871-1914*, París, Armand Colin, 1960.

10. Bouvier, Jean y René Girault (eds.), *L'Impérialisme français d'avant 1914*, París/La Haya, Mouton, 1976.

11. Bouvier, Jean, René Girault y Jacques Thobie, *L'Impérialisme a la française*, Editions La Découverte, 1986.

12. Marseille, Jacques, *Empire colonial et capitalisme français: histoire d'un divorce*, París, 1984.

cadora. En este sentido, hay que destacar que ninguna aproximación seria al estudio del imperialismo francés en el noroeste africano podrá prescindir de elementos tan importantes a su modo como la existencia de los intereses de militares, exploradores, aventureros y políticos imperialistas locales de la colonia argelina.¹³

Pero además, el imperialismo de la Tercera República tiene a partir de 1871 y tras la derrota ante los prusianos, otras connotaciones: las derivadas de la generación de la ansiedad de un país en estado crítico y la respuesta en demanda de un imperio nos debe llevar a la conclusión de que el caso español, con la necesidad en el post-98 de un Imperio de recambio en sustitución al perdido, no fue una excepción.¹⁴ Antes bien, cabe situarlo en el contexto de una verdadera «cultura de la derrota».¹⁵ Por definición, el imperialismo de entresiglos conllevaba una dimensión de competición entre naciones (entre Estados). En dimensión comparada, encontraremos esta insistente ansiedad por no quedar atrás en Francia;¹⁶ también en el caso alemán, como ha insistido Sebastian Conrad,

13. Lamartiniere, Henri de y Norbert Lacroix, *Documents pour servir à l'étude du Nord-Ouest africain*, Argel, Gobierno General de Argelia, Servicio de Asuntos Indígenas, 1894-1897, 4 vols. Tales intereses colonialistas y militares locales, imbricados en Argelia han sido estudiados en Caballero Echevarría, Fernando, *Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): Análisis de factores que confluyen en un desastre militar*, «Annual», Madrid, Universidad Complutense, 2013, Tesis de doctorado inédita, pp. 160-161. Los intereses colonialistas argelinos eran plenamente conscientes, por ejemplo, de que Marruecos privaba a Argelia del comercio sahariano, y veían en el Sultanato al más terrible adversario económico de la colonia. Sobre los intereses burgueses asentados en Argelia, en juego en la apertura de la cuestión marroquí, sobre el papel de científicos, sabios, exploradores, aventureros, los de la Escuela de Letras de Argel y la Sociedad Geográfica de Orán véase Sayagh, Saïd, *La France et les frontières Maroco-Algériennes, 1873-1902*, París, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1986, pp. 98-99. Una de las primeras grandes expediciones geográficas francesas a Marruecos, precisamente se programó por iniciativa del gobierno general de Argel, patrocinada por Jules Cambon, gobernador general de Argelia en 1897. La expedición recibió el nombre de «Fronteras argelino-marroquíes». Su objetivo explícito era definir el trazado de los límites entre ambos países pero, probablemente, escondía la intención de preparar la ocupación de Marruecos partiendo de Argelia, como lo demuestra que en esas mismas fechas las fuerzas francesas en Argelia comenzaron la aproximación, por la subdivisión de Ain Sefra, al suroeste del Oranesado, a las fronteras de Marruecos en la zona de Tafilalt.

14. Mientras que llegaba el momento de la revancha y del ajuste de cuentas con los alemanes, había algo que podía hacerse para restaurar la reputación y la influencia de Francia en el mundo: Francia podía erigir un imperio para rivalizar con el de los Estados más grandes, y al hacerlo demostrar que seguía siendo una de las grandes potencias mundiales. Y aunque las colonias no podían servir para reemplazar Alsacia-Lorena, podrían ser un medio para activar la energía nacional. Schivelbusch, Wolfgang, *The Culture of Defeat: On National Trauma, Morning, and Recovery*, Londres, Granta Books, 2004, p. 180. Véase también Gildea, Robert, *The Children of the Revolution: The French 1799-1914*, Londres, Penguin Books, 2009, pp. 410-419.

15. Schivelbusch, Wolfgang, *The Culture of Defeat...*, cit.

16. Hill, Christopher L., *National History and the World of Nations. Capital, State and the Rhetoric of History in Japan, France and the United States*, Durham, Duke University Press, 2008. De hecho, hay dos características del partido colonialista francés que destacan por encima del resto: su diminuto tamaño y su enorme influencia. Andrew, C. M. y A. S. Kanya-Forstner, «The French "Colonial Party": Its Composition, Aims and Influence, 1885-1914», *Historical Journal*, n.º 14 (I), 1971, pp. 99-128 y Brunschwig, Henri, *French Colonialism. 1871-1914: Myths and Realities*, Nueva York, Frederick A. Praeger, 1966, p. 117. Alrededor de 1890, ¿qué había conseguido este grupo de presión político? Según Wolfgang Schivelbusch, es posible percibir en Francia a partir de esos momentos un debilitamiento decisivo de las fuerzas anticolonialistas en la política y la cultura galas. «Lo que tuvo lugar fue una especie de inversión de papeles: la misión nacional se había trasladado de la revancha (frente a los prusianos) al colonialismo. Siempre se había considerado que este último

donde la preocupación por la degeneración y crisis nacional fue clave en el desarrollo del proyecto imperial.¹⁷ Y, lo que es especialmente relevante para la comparación con España, fue también en definitiva el caso italiano, tras Adua, y el portugués tras el ultimátum británico de 1890, precisamente vinculados a la expansión africana. En el caso de las naciones «latinas», el argumento de su decadencia a partir de la derrota francesa en 1871 fue de extrema importancia en los círculos intelectuales y políticos propios.¹⁸

El interés de la República francesa por el Sáhara oriental marroquí

La Tercera República tenía su mirada puesta en el complejo de oasis del Tuat desde que el primer ministro británico, Lord Salisbury, se había mostrado conforme a un acuerdo con Francia que dejara a los británicos las manos libres sobre Egipto.¹⁹ Los dos países habían firmado una convención el 5 de agosto de 1890, por la que Gran Bretaña atribuía el Sáhara a Francia, para controlar los caminos que llegaban allí desde el sur de Argelia, que así podría unirse a las posesiones del Níger.²⁰ En el otoño de 1890, Francia proyectó una expedición y se ocupó el punto de El Golea.²¹ Con todo, la amenaza francesa acabó por quedar paralizada. Pero, en definitiva, numerosos análisis de la época colonial exponen la necesidad por el lado imperialista galo de controlar los oasis del desierto, de donde se infiere la apuesta de diversos militares del ejército republicano por ocupar de manera

era siervo del primero, pero ahora, rebotante de una recién adquirida confianza en sí mismo, el colonialismo proclamó sin eufemismos que era indispensable para la revitalización de la nación». Schivelbusch, Wolfgang, *The Culture of Defeat...*, cit., p. 182. Véase también Andrew, C. M. y A. S. Kanya-Forstner, «Centre and Periphery in the Making of the Second French Colonial Empire, 1815-1920», *Journal of Imperial and Commonwealth History*, n.º 16 (3), 1988, pp. 23-24. El sello distintivo del Imperio francés antes de 1914 eran el poder y el prestigio, no los beneficios y la producción. El imperialismo estaba motivado por el nacionalismo.

17. Conrad, Sebastian, *Globalisation and The Nation in Imperial Germany*, Cambridge, University Press, 2010.

18. Para el caso español, véase Aubert, Paul, *L'écriture du desastre: discours sous la décadence et projets de régénération nationale en Espagne (1890-1914)*, en Aubert, Paul (ed.), *Crise espagnole et renouveau idéologique et culturel en Méditerranée*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 2006, pp. 201-232.

19. Fernández Rodríguez, Manuel, *España y Marruecos en los primeros años de la Restauración...*, cit., p. 268.

20. La política británica en la primera mitad de la década de 1890 en lo que se refiere al Sultanato de Marruecos tiene dos caras: a) el convenio firmado el 5 de agosto de 1890 entre Londres y París que permite al gobierno republicano tener las manos libres sobre el Sáhara para unir sus posesiones del Magreb y del África subsahariana, a través del lago Chad. La prioridad del Reino Unido en África tenía por objetivo la protección de su posición en Egipto y, con la esperanza de apaciguar las tensiones con Francia en torno a este territorio, Salisbury no vio ningún perjuicio en ofrecer una posibilidad de compensaciones a Francia en el África Occidental, entre 1889 y 1891. Robinson, R. E. y J. Gallagher, «El reparto de África», en VV.AA., *Historia del Mundo Moderno de la Universidad de Cambridge*. vol. XI: El progreso material y los problemas mundiales: 1870-1898», Barcelona, Sopena, 1980, pp. 421-452, p. 433; b) sin embargo, en 1892, en el Sultanato, el Ministro plenipotenciario británico Ewan Smith intentó establecer una hegemonía inglesa no oficial en el país.

21. Sobre las intenciones expansionistas de la Tercera República en Marruecos, véase Nordman, Daniel, «L'armée d'Algerie et le Maroc: le dynamisme de la conquête (fin du XIX^e siècle-début du XX^e siècle)», en *Armees, guerre et politique en Afrique du Nord (XIX^e-XX siècles)*, París, 1977, pp. 33-51.

permanente Tuat y luego Tafilalt y Figuig, para cortar toda relación de los oasis con el Islam africano.²² El conjunto de oasis llamados Tuat había dado muestras históricas de sumisión al sultán de Marruecos y nunca había tenido una buena relación con el mandato turco de Argelia, pero los franceses se empeñaban en alejar ese vínculo y controlarlos.²³

Los franceses habían fijado como una de sus prioridades en la acción política sobre Marruecos encontrar aliados en el Tuat que facilitaran su penetración en el territorio. A comienzos de la década de 1880, el gobierno republicano tradujo esa orientación a la actuación política en el territorio sahariano a la forma de una «contra-agitación» en la región, contando con el apoyo de los *Oulad Sidi Cheikh* —sometidos a Francia en 1882, después de haber causado graves disgustos a la República en los quince años anteriores—, de la cofradía de *Wazzaniya* (Taybiyya) y eventualmente de los *Chaambas* y de los *Tuareg*, sacando provecho de las disensiones entre las diferentes fracciones y cabilas del Sáhara; esta acción debía de tener como resultado, el cuestionamiento de la soberanía marroquí sobre el Tuat en una primera fase, la creación de un partido favorable a Francia entre los habitantes de los oasis en un segundo período, y la intervención para una ocupación efectiva de la región en una última etapa. Así, en 1880, la Comisión Superior encargada de elaborar el trazado del ferrocarril transahariano, que debía unir las colonias francesas en el Norte de África con las situadas en la costa atlántica, apelaba al gobierno de París para «que se abstuviera de todo acto que tuviera como consecuencia implícita el reconocimiento del derecho de Marruecos sobre cuatro tribus no mencionadas en el tratado de *Lalla Maghnia* [que en 1845 había supuesto el fin del conflicto franco-marroquí] y situadas al sur de los treinta y dos grados y medio de latitud norte».²⁴ Ordega, el ministro plenipotenciario de la República en Tánger, había intentado de acuerdo con el jerife de Wazzan, protegido galo, extender la protección francesa a todo el territorio marroquí entre 1882 y 1884. A pesar del fracaso de esta tentativa, el Gobierno general de Argel así como la legación gala en Tánger no renunciaron en ningún momento posterior a la utilización de la influencia religiosa de la cofradía *Wazzaniya* (que disponía de numerosos seguidores en el Tuat) para contrarrestar la autoridad del Sultán; así, desde 1892 se habían intensificado los envíos de emisarios franceses a la región de los oasis.

De hecho, el gobernador general de Argelia, Jules Cambon, poco a poco fue consiguiendo conjuntar los diferentes elementos de su política sahariana, preparatoria de la anexión del territorio: las tribus, las cofradías religiosas y los notables.²⁵

Fernando García Sanz apuntó certeramente hace años que las condiciones con las que entraba la monarquía restauracionista en la apertura de la cuestión marroquí fueron poco estables o firmes. Arguyó al respecto que cuando en 1880 se había convocado en Madrid una conferencia internacional que debía poner de acuerdo a las potencias sobre

22. Michaux-Bellaire, Edouard, «Le Touat et les chorfa d'Ouazzan», *Mémorial Henri Basset*, París, 1928.

23. Abdelhadi Alaoui, Moulay, *Le Maroc face aux convoitises européennes, 1830-1912*, Salé, Imprimerie Beni Snassen, 2001, pp. 107-108.

24. Sayagh, Saïd, *La France...*, cit., p. 61.

25. Jules Cambon fue gobernador general de Argelia desde 1891 a 1897.

el futuro del Imperio jerifiano, su primer resultado fue que la cuestión marroquí se internacionalizó y, como defendía España, se había garantizado la integridad territorial de Marruecos, es decir, el mantenimiento del statu quo; pero al mismo tiempo siguiendo los postulados y las tesis británicas, el gobierno de España puso de manifiesto por primera vez, por voluntad o incapacidad del propio Cánovas del Castillo, su papel secundario en una cuestión trascendental para los intereses nacionales. Lo más importante no era que en España se asumiera o no esta realidad que alteraba la postura seguida tradicionalmente por el gabinete de Madrid, sino que en Europa se tomase buena nota para el futuro de esta especie de dejación que realizaba España.²⁶ A partir de este punto, nos plantearemos revisar los fundamentos de la tesis, expuesta posteriormente por diversos historiadores que apuntan a que esa situación se había corregido ya en los meses anteriores al estallido de la guerra de Melilla. Según estos autores, España entró en la década de los 1890 con una posición relativamente prestigiada en la cuestión marroquí.²⁷ Tomando como conviene ese planteamiento como hipótesis de trabajo, no como un dogma que haya que defender, los datos, las evidencias, los hechos nos indican que estos postulados tienen una base real, un trasfondo tan evidente que matiza las ideas historiográficas que antaño hablaban de la postura pasiva y defensiva de la política restauracionista en Marruecos entre 1880 y 1900. Así Anta Ugarte o Julio Salom, entre otros, han recalcado —reforzando en este sentido, ideas ya apuntadas por Curato— que esta capacidad de la monarquía restauracionista para intervenir con eficacia en un área geopolíticamente restringida cual era el Sultanato de Marruecos se apoyaba en varias actuaciones: 1.º) una política de presión militar, cristalizada en la diplomacia de cañoneras que había practicado España en las costas del Imperio jerifiano en 1887 y 1889-1890; 2.º) las posturas de fuerza tomadas por el Ministro de Estado liberal, S. Moret, cuando se temió en Europa por la vida del Sultán Mawlay Hassan I; 3.º) la actuación de los servicios secretos, encaminada a defender la integridad territorial de Marruecos y la soberanía del Sultán, que contribuyeron a frenar los deseos de hegemonía y, lo que es más importante, las maniobras efectivas de control del Sus, por parte de Francia; y 4.º) la mediación de España en los conflictos del Sultanato con Francia, cuyo resultado de carácter multilateral más significativo fue el papel que tuvo España desde 1887 en la resolución de los conflictos provocados en el desierto oriental marroquí entre el Imperio jerifiano y Francia, a lo que seguirían las sucesivas acciones de la diplomacia hispana respaldando la integridad del Sultanato, no solo en los asuntos del Sus, sino en los atinentes al Tuat y Figuig.²⁸

26. Véase García Sanz, Fernando, «El escenario europeo», en VV.AA., *Memoria del 98. De la guerra de Cuba a la Semana Trágica*, Madrid, El País, 1998, p. 28.

27. Anta Ugarte, Javier, *Gonzalo de Reparaz, «Intellectual Errante»*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2016, Tesis doctoral inédita, p. 296.

28. Curato, Federico, *La questione marocchina e gli accordi mediterranei italo-spagnoli del 1887 e del 1889. Volumen I: Sino alla caduta del Ministro Moret (14 giugno 1888); Volumen II: Dal giugno 1888 all'agosto 1896*, Milán, Edizioni di Comunità, 1961-1964; Salom Costa, Julio, «Del recogimiento al aislamiento (1890-1896)», en Fusi, Juan Pablo y Antonio Niño (eds.), *Visperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, pp. 205-219.

Tres factores, al menos, informaban hasta la guerra de Melilla, las decisiones de los grupos rectores de la política española en sus actuaciones respecto a Marruecos: sus experiencias durante su carrera hacia el liderazgo, la estructura dentro de la cual habían de operar y los valores de su sociedad. De esa conjunción se derivaba en la época restauracionista un tipo de política de dirección burocrático-pragmática, moldeado en el marco de una sociedad con cismas sociales graves, fundamentales, y producto de un medio ambiente en el cual los problemas más visibles —suscitados por la propia dinámica de la «cuestión marroquí»— habían demostrado ser solubles, un tipo de actuación que había evidenciado poseer un enfoque *ad hoc* hacia la política, un enfoque pragmático y hasta cierto punto mecánico.

Dado que el pragmatismo se basaba en la convicción de que el propio contexto de los acontecimientos daba lugar a una solución, existía la tendencia a esperar tales acontecimientos. De hecho, hasta la guerra de Melilla de 1893, en los sucesivos gabinetes del turno predominó la creencia de que todo problema provocado en Marruecos se resolvería si se le enfocaba con la suficiente energía.

Con todo, las relaciones hispano-marroquíes en el contexto de la muerte del Sultán Mawlay Hassan y el comienzo del reinado de Mawlay Abd al-Aziz ofrecían para España un perfil ambiguo. Un Marruecos más frágil aparecía por primera vez como horizonte colonial capaz de ofrecer una alternativa viable al retroceso de la presencia hispana en el Caribe. Y de hecho, España ejercía ese relativo peso —del que hemos hablado— en los asuntos marroquíes en vísperas del desastre de 1898. Pero al mismo tiempo era patente la debilidad de los proyectos hispanos en Marruecos frente a los de otras potencias europeas. En la dura competencia por asegurarse la posición preferente en el futuro reparto del Imperio jerifiano, considerado como inevitable a corto plazo, una potencia como Francia desplegaba una mezcla de expansionismo militar (ocupación de Tombuctú, expediciones al Sahara) y «penetración pacífica» que pretendía debilitar al Estado marroquí y colocarlo en situación de dependencia «civilizatoria» a la manera argelina.²⁹

A partir de la crisis de Melilla de 1893-1894, empero, ciertamente el escenario marroquí mutó de alguna manera. Por ejemplo, de esta crisis, los gobiernos restauracionistas sacaron la conclusión de la necesidad urgente de reconducir su política exterior anterior, de aproximación a los países de la Tríplice. Resulta útil recordar a este respecto los vanos esfuerzos del gobierno español por activar los lazos con la Triple Alianza en su favor durante la guerra de Melilla, y recibir como respuesta del gabinete de Berlín el consejo de que actuara con suma prudencia y de que la solución a los problemas de España pasaba por el acuerdo y el entendimiento con el Sultán marroquí. De hecho, ya desde tiempo antes, España había quedado como un socio menor de Alemania en el complejo de los sistemas bismarckianos y también de menor confianza o de más dudosa fidelidad.

29. Sobre la actuación francesa en Marruecos a finales del siglo XIX, ver, entre otros, a Miège, Jean-Louis, *Le Maroc et l'Europe, 1830-1894*, vol. 4, París, Presses Universitaires de France, 1964; Burke III, Edmund, *Prelude to Protectorate in Morocco. Precolonial protest and resistance, 1860-1912*, Chicago-Londres, University of Chicago Press, 1976; Abdelhamid, Smaili Moulay, *Les années terribles du Maroc oriental, vols. 1 y 2*, Oujda, BMFI, 1996.

Orientación de la diplomacia española tras la guerra de Melilla

La diplomacia española estaba perpleja: ¿había que confiar o no en los amigos de la Tríplíce y en su amiga, Gran Bretaña? Fue Moret, al frente del Ministerio de Estado en 1893, el que hubo de afrontar el dilema. Los liberales hubieron de enfrentarse por lo tanto en soledad al problema creado con el conflicto de Melilla,³⁰ que revelaría una vez más la falta de unidad de acción del «pacto mediterráneo», firmado en 1887 con Italia, para defender el «status quo» del Mediterráneo.³¹ A partir de aquí, Moret, temiendo la apertura del problema marroquí en unas condiciones que podían resultar embarazosas para España, buscó sucesivamente nuevas y diversas orientaciones. Ensayó la aproximación a Inglaterra. Y ya comenzado el año 1894, con el Sultán Mawlay Hassan I fallecido y temiendo una sublevación general en Marruecos, realizó una apelación con vistas a obtener un pacto sobre el Imperio jerifiano con Francia. La idea de Moret de fraguar una «entente» con Francia buscaba el objetivo de penetrar «pacíficamente» en el Rif, ejerciendo en él una influencia progresivamente creciente, apoyándose para ello en los «notables indígenas». Se trataba de comprar la adhesión y los servicios de personajes autóctonos con amplias competencias reales o espirituales dentro de sus respectivas cabilas. Ello fue una constante en la dinámica de penetración colonial española en la zona norte de Marruecos. Se descartó, de hecho, el aceptar la protección o conceder la nacionalidad hispana a cabilas enteras y se actuó siempre por unos cauces de moderación y falta de resolución. Conscientes o no, sabedores del hecho o no, en mayor o menor grado los franceses y los españoles iban a encontrar pocos individuos dispuestos a colaborar con ellos a excepción de los notables de las tribus.³² Por ello, desde Madrid se optó por una penetración muy limitada en el Rif, concediendo la protección española solo a un número muy concreto de notables, que serían los gérmenes de reducidos partidos prohispanos en sus cabilas.

Moret buscó también la superación del tradicional antagonismo anglo-francés en el Sultanato, mediante un proyecto de protectorado tripartito franco-hispano-inglés sobre Marruecos.³³ Por último, ante la reactivación del problema de Gibraltar por las iniciativas defensivas británicas originadas por los cambios europeos, intentó un acercamiento a Francia, aceptando algunos objetivos de ésta en Marruecos.³⁴ Es sustancial señalar que Moret abrirá así la puerta a la idea de, tras distanciarse de Alemania, ajustar simultáneamente la política exterior española en el Sultanato a las de Francia e Inglaterra. Esta polí-

30. Rodríguez González, Agustín, «El conflicto de Melilla en 1893», *Hispania*, n.º 171, Madrid, 1989, pp. 235-266.

31. Salom, Julio, *Del recogimiento al aislamiento (1890-1896)...*, *cit.*, p. 209.

32. Kiernan, Victor, «Imperialismo y revolución», en Porter, Roy y Mikulá Teich (eds.), *La Revolución en la Historia*, Barcelona, Editorial Crítica, 1990, p. 173.

33. Gabriel Hanoteaux, el nuevo ministro francés de Asuntos Exteriores, acogió estas proposiciones con prudencia y escepticismo, y solicitó de Moret que se limitara a mantener el *statu quo* marroquí.

34. Delaunay, Jean-Marc, *Méfiance cordiale. Les relations franco-espagnoles de la fin du XIX^e siècle à la Première Guerre Mondiale. vol. II: Les relations coloniales*, París, L'Harmattan, 2010.

tica se mantendrá —como una constante entre los gobiernos restauracionistas— hasta 1895 e incluso en los primeros meses de 1896. De hecho no cuajó por diversas circunstancias. Primero: por el rechazo británico a prestar apoyo a España cuando los gobiernos del turno pretendieron imponer al Sultán Mawlay Abd al-Aziz el establecimiento de un consulado hispano en Fez.³⁵ Segundo: por las circunstancias de la política internacional. Robinson y Gallagher han señalado que a partir de 1895 los franceses no estaban tan dispuestos a renunciar a sus intereses en el valle del Nilo a base de obtener compensaciones británicas en el África Occidental. No existía una base segura para establecer un pacto entre Londres y París. Por ello la disputa sobre Egipto y el Nilo que se había mantenido hasta entonces en un nivel diplomático, ahora iba a convertirse en una pugna de conquista y ocupación. Los franceses, en consecuencia, prepararon una expedición militar que debía cruzar el continente africano, alcanzar el río Nilo al sur de Khartum y tomar posesión del territorio, adelantándose a los británicos. El camino que debía llevar a la tensión por el control de Fashoda comenzaba a andarse.³⁶ Tercero: porque a finales de siglo se patentizaban por otra parte los deseos galos de penetrar en el Sultanato, pero no solo en el Tuat —donde los intereses españoles eran nulos— sino en el extremo norte del Sultanato.

Se renuevan las aspiraciones francesas sobre el Tuat

Por otra parte, en la primavera de 1896, se iba a suscitar otra vez (más bien se trataba de un replanteamiento) la cuestión del Tuat, el Sáhara oriental marroquí, puesto que se atisbaron desde la Legación española en Tánger una serie de indicios de que una resolución inmediata del tema se iba a producir. El Gobierno restauracionista tenía instalado en Marrakesh, junto a la Corte del Sultán, a un agente confidencial: el doctor Cortés, que seguía al ejército imperial acampado en la orilla del río Tansift y en campaña contra algunos cabileños de las cercanías, que habían protagonizado una reciente insurrección. Lo que en principio no se trataba más que de una serie de rutinarios encuentros bélicos que se decantaban del lado de Mawlay Abd-al-Aziz, contribuyendo a reforzar su prestigio, devendría en una serie de complicaciones que llegaron a preocupar hondamente al ánimo de los gobernantes españoles: en plena campaña, llegaba al campamento del Sultán otro agente confidencial, el médico francés F. Linarès, portador de una serie de pliegos de la Legación de la República en Tánger reivindicando para el gobierno galo el enorme territorio del Tuat.³⁷ La reacción del *Majzén* (Gobierno marroquí) que no cedió a las peticio-

35. Archivo General de la Administración (AGA), Alcalá de Henares, Asuntos Exteriores, Embajada en París, 5816. Documento dirigido por el Foreign Office a la Embajada de España en Londres. 15-IX-1894; *Ibidem*, Telegrama del Marqués de Novillas, Encargado de Negocios de la Embajada de España en París, al Ministro de Estado. 6-X-1894.

36. Robinson, Ronald E. y John Gallagher, *El reparto de África...*, cit., p. 441.

37. Jean Léon François Ferdinand Linarès fue el médico francés adscrito a la Legación gala en Tánger y agente oficioso del Gobierno de la República en la Corte del Sultán desde 1888 a 1901. Véase Curato, Federico, *La questione marocchina...*, cit., vol. II, pp. 280, 285, 327, 396, 399, 405-409, 441, 598.

nes francesas fue remitir un enviado a Tánger con el fin de conferenciar con todo el cuerpo diplomático allí acreditado, y en particular con los representantes de España, Alemania, Reino Unido e Italia. El Gobierno jerifiano no descartaba enviar a continuación a París una Embajada presidida por un miembro del *Majzén*, Mohammed ibn Soliman. ¿Por qué se precipitaban las intenciones francesas conducentes a la anexión por el gobierno galo del Tuat que habían permanecido calmadas, adormecidas desde prácticamente el final del conflicto de Melilla? La Legación española en Tánger entendía que en todo caso la apertura de la cuestión había tenido paradójicamente su origen en un movimiento marroquí, al reafirmarse la soberanía del *Majzen* en la región mediante una serie de medidas políticas y administrativas.³⁸

La resistencia marroquí a la penetración constante de la influencia gala por parte del nuevo Sultán, Abd-al-Aziz, no hizo sino prolongar la tendencia ya iniciada por su padre, Mawlay Hassan, de reforzamiento de la soberanía imperial sobre los límites sur-orientales del Sultanato. De hecho, en el Tuat los efectos del viaje histórico de Mawlay Hassan a Tafilalt antes de su muerte persistían y se mantenían todavía muy vivos: la seguridad, el orden y la tranquilidad reinaban en toda la región, la convivencia entre los sedentarios habitantes de los alcázares y los nómadas era un hecho a pesar de la persistente y creciente amenaza de intervención de las tropas galas. El difunto sultán había puesto en guardia a los tuatíes contra las amenazas procedentes del norte, y tras advertirles sobre las dificultades y los peligros de los tiempos que iban a venir, les había animado a una persistente vigilancia que no podía tener ni un momento de reposo. Su muerte fue acogida con serenidad, y el *caid* Ba-Hassoun había sido el encargado de transmitir a Fez los acuerdos de *bai'a* de la región.³⁹ Sin embargo, los desórdenes en el límite del desierto comenzaron bien pronto. Un acontecimiento grave había afectado a Ba-Hassoun y a la delegación que le acompañaba: un grupo de 120 jinetes de la tribu sahariana nómada de *Ghananma*, procedentes del territorio de Saoura, había atacado a la comitiva, apoderándose de los acuerdos. La reacción del *Majzen* había sido inmediata: Abd-al-Aziz había ordenado una leva de fuerzas en la propia región, recluta encargada de la formación de un contingente armado que debía de tomar represalias contra los atacantes; de esta manera, en el Tuat se constituyó una columna de 1.800 infantes y 205 jinetes, incluyendo a los *Tuareg* de Sidi Ould el-Garradji. Una columna imperial comandada por Ahmed ben Rezzouk reclutaba,

38. Sayagh, Saïd, *La France et les frontières Maroco-Algériennes...*, cit., pp. 68-69.

39. La *bai'a* era el contrato de investidura entre el Sultán y los habitantes del Imperio jerifiano. Estaba deliberadamente calcado del contrato por el que el profeta Mahoma fundó en Medina la primera sociedad política islámica. Como contrato escrito que vinculaba al Sultán y a los distintos grupos de la población y como proceso de legitimación de la autoridad política, que ya no se basaba únicamente en la fuerza, la *bai'a* consolidó en los marroquíes el sentido de pertenencia a una comunidad estatal intangible, más allá de las peripecias políticas y militares. Cada vez que se inauguraba un nuevo reinado, los jefes del ejército, los representantes de los grupos urbanos, los *caïdes* y los *cheïfs* de las cofradías enviaban a la corte su juramento de fidelidad. Estos juramentos, que estaban redactados partiendo casi del mismo modelo, definían los derechos y deberes del Sultán y de la población. El deber de aquél era doble: defender el territorio marroquí contra el enemigo exterior y mantener la paz en el interior. Como contrapartida, los habitantes le debían sumisión total mientras no transgrediera las prescripciones islámicas y los derechos consuetudinarios.

sobre la marcha, jinetes entre los grupos bereberes y los *Doui Menia*, una de las principales cabilas del Sureste del Sultanato; otra *barka* era formada en Tafilalt, pasando a estar dirigida por Si al-Hassan el-Oudghiri. El Sultán, a través de su delegado en Tánger, informaba a las Legaciones extranjeras de la importancia de estas medidas punitivas, que tenían como misión restablecer la tranquilidad en los confines del Imperio, «extirpando por completo las raíces del mal» que amenazaban la seguridad y el orden de aquel territorio.⁴⁰

Los problemas con las autoridades francesas no iban sino a comenzar, en una sucesión de acontecimientos que alcanzarían su fin tres años después con la invasión militar gala. Las operaciones de las tropas jerifianas y la captura por los soldados imperiales de varios notables tuatíes que habían reconocido la soberanía de la Tercera República, suponían el final de una etapa en la que se había mantenido un constante pero pacífico tira y afloja entre las dos partes que disputaban la región —Francia y Marruecos—; una dialéctica o tensión en la que las armas habían callado, y la primacía había sido siempre de los recursos diplomáticos. El gobierno de París reaccionó ante aquellos actos, ejercicio de la soberanía efectiva del Sultán en el territorio, de manera prepotente y estruendosa, llena de orgullo malherido, presentando ante el *Majzén* una serie de altaneras reivindicaciones a las que el Sultán no cedió, buscando como un medio de defensa, el apoyo diplomático europeo. Francia iba a dar por terminada la etapa del tira y afloja y en este sentido, su Ministro Plenipotenciario en Tánger comunicaba al representante diplomático español, Emilio de Ojeda, su disposición a utilizar la fuerza. La intención del gobierno republicano no era «aparentemente» la de romper de manera definitiva o alterar considerablemente el respeto al *statu quo*, a la independencia de Marruecos, mantenida a trancas y barrancas durante los dos decenios anteriores. No se trataba de poner a todo Marruecos bajo el control galo, ni de una operación militar a gran escala, o a realizar en diferentes frentes, pero con su intervención en el Sáhara oriental el *Majzén* había convencido al gobierno de París de la necesidad de recurrir a la violencia para llegar a la solución definitiva de la dilatada cuestión del Tuat. Francia no estaba dispuesta a admitir ni a discutir más dilaciones ni a negociar la realidad —para ella irrenunciable— de su derecho a ejercer el control sobre el amplio territorio de los oasis saharianos. La política de apoyarse en los *Oulad Sidi Cheikh* y la cofradía *Wazzaniyya*, así como la búsqueda de aliados entre los Tuatíes y los *Tuareg* estaba a punto de llegar a su fin: para Francia, el Sáhara no era más que el *hinterland* de todas sus posesiones mediterráneas, un lugar llamado a convertirse progresivamente en una zona de influencia exclusiva de Argelia. Paralelamente, la prensa francesa se hacía eco de la visita a París de Sid-Eddin, uno de los tres principales jefes de los *Ouled-Sidi-Cheikh*, como representante de una de las tribus musulmanas más importantes que habitaban el territorio existente entre Aïn-Sefra y el Tuat.⁴¹

Además, la prensa de París anunciaba el 12 de agosto de 1896 que el Consejo de Ministros, al que asistiría el Presidente de la República, abordaría un informe del minis-

40. Sayagh, Saïd, *La France et les frontières...*, cit., p. 78.

41. «Le Touat», en *Le Petit Journal*, 14-VIII-1896.

tro de la Guerra con los planes para ocupar el Tuat y Gourara. Para comprender ese paso había que tener en cuenta estos dos datos: las acciones francesas contra los Tuareg y el consentimiento de Inglaterra. Eran otros tiempos. Hasta entonces España, Italia y el Reino Unido habían apoyado al sultán de Marruecos para que resistiera la presión de Francia. Ahora Londres se desentendía.⁴²

Posteriormente, *Le Petit Journal*, con fecha 14 de agosto, anunciaba que en su reunión del día anterior, el Consejo de Ministros había estado estudiando una proposición del Ministerio de la Guerra, tendente a la ocupación de In-Salah y del resto de oasis del Tuat y de Gourara. No se iba a tratar de una mera expedición militar «de represalias» o conducente al restablecimiento de la paz en el «sur argelino».⁴³ La operación iba a consistir en una serie de movimientos que tendrían como finalidad la instalación en la región de una serie de jefes y notables indígenas encargados de poner fin a la «anarquía» en el territorio, y representar a la soberanía francesa: es decir, actos conducentes a organizar la dominación y ocupación efectiva por parte de Francia de las regiones saharianas del Tuat, Tidikelt y Gourara. El rotativo mencionaba la preparación de algunas compañías de infantería así como de diversos escuadrones de caballería, que habían sido enviados a reforzar las guarniciones del sur de la colonia argelina; también se hacía eco del interés del gobierno en solicitar a las Cámaras, a la vuelta de las vacaciones parlamentarias, la votación de un crédito especial que cubriese los gastos extraordinarios requeridos en las tareas de penetración en el desierto. De hecho, la operación militar no se pondría en marcha hasta iniciado el otoño. La visita del jefe de los *Ouled Sidi-Cheikh* al Quai d'Orsay había sido la primera piedra en la preparación de la obra sahariana: Si-Eddin había presentado formalmente ante el Gobierno francés, la solicitud de protectorado del territorio. El éxito de esta iniciativa era achacado por el rotativo a las habilidosas gestiones del Gobernador general de Argelia, Cambon, terminando el artículo con una escueta valoración

42. Archivio Storico Diplomatico, Documenti Diplomatici a Stampa (ASD, DDS), Roma, XL/11, 2820/747, G. Tornielli-Visconti Venosta, 12-VIII-1896, p. 21.

43. Como sugiere David Spurr, en *The Rethoric of Empire*, el discurso colonialista reclama el territorio del colonizado al mismo tiempo que encubre sus propias marcas de apropiación. La empresa colonizadora se presenta así como una necesidad ineludible que adopta la forma de un caos que reclama la restauración de un orden o de una ausencia que exige una presencia afirmadora. Spurr, David, *The Rethoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing, and Imperial Administration*, Durham, Duke UP, 1993, p. 28. La prensa francesa tergiversa y distorsiona la realidad histórica. Nunca habla del Tuat como perteneciente al Imperio marroquí, sino que se utiliza constantemente para referirse a él la expresión genérica «el Sur argelino». Berbrugger, Louis-Adrien, «Les frontières de l'Algérie», *Revue africaine*, IV (1860), pp. 401-417. Se evidenciaba, a partir del tratamiento del tema del Tuat por la prensa gala, la veracidad del concepto de hegemonía cultural gramsciano a través de los usos y abusos del lenguaje. Toda percepción y explicación es, en realidad, un sistema ordenado de valores, identidades y creencias. Aquel que construye el relato de la realidad es aquel que la organiza. Debemos de poner el énfasis en la consideración de la historia oficial y de la realidad identitaria del Tuat por los periódicos galos como mero simulacro, un artificio cultural creado sobre la base de las necesidades imperialistas o de la pura arbitrariedad. Véase White, Hayden, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, Baltimore, John Hopkins UP, 1973, p. 7. La escritura que se hacía en Francia de la historia de los oasis saharianos se convertía, así, en un acto en el que la invención (originalmente reservada a la ficción) no estaba del todo ausente, sino que desempeñaba, en la mayoría de artículos que trataban del caso, un papel primordial.

de lo que aportaba el territorio de los oasis a Francia, cifrado en una población que oscilaba entre 600.000 y 1.000.000 de personas, y en la ampliación del hinterland argelino, abierto ahora a la posesión y control de la ruta comercial a través del desierto que unía el Magreb con Tombuctú, a la vez que quedaba ya expedito el camino para la construcción de un ferrocarril transahariano.⁴⁴

Reacciones del *Majzén* y posicionamiento de la diplomacia española

En ese contexto, la actuación española podría haber sido con la francesa el motor de la descomposición del Imperio marroquí. Sin embargo, desde 1895, la presión militar hispana sobre Marruecos cesó, coincidiendo con el hundimiento del crucero Reina Regente, en aguas del Estrecho de Gibraltar. La magnitud del desastre llevó, de hecho, a recapacitar a las autoridades restauracionistas; en consecuencia, el tema marroquí dejó de inquietar al gobierno hispano desde ese año y pasó a ser objeto solamente de especulaciones teóricas, carentes por completo de concreción práctica. Es más, a lo largo de 1896, España ofreció los peores testimonios de incompetencia colonialista en Marruecos, como de ineficiencia imperialista, precisamente cuando —otra vez— la agitación social existente en el amplio sur atlántico del Imperio marroquí, atribuida por los servicios de inteligencia hispanos a las intromisiones de agentes republicanos, iba en aumento.

La respuesta española a las noticias sobre las pretensiones francesas en el Sáhara marroquí la podemos enmarcar, a la vez, en el recelo y en un distanciamiento paulatino del gobierno restauracionista en lo que se refiere a los asuntos marroquíes con respecto a Francia en 1896, actitud acentuada posteriormente por los sucesos del Rif, territorio donde los agentes de la Tercera República habían puesto en marcha una intensa labor de infiltración política. En Marruecos la política española había dejado de tener las características de la practicada por Francia (agresiva, expansiva), y era meramente reactiva, defensiva. Por otro lado, en su actuación internacional la diplomacia restauracionista estaba cosechando en esas mismas fechas, una frustración tras otra. Es en ese marco donde debemos entender el fracaso de todas las iniciativas españolas para hacer intervenir a las grandes potencias europeas en el conflicto hispano-norteamericano a propósito de Cuba. El fracaso, en primer lugar, a comienzos de 1896, de la iniciativa del gobierno Cánovas para ligar una segunda renovación de los Acuerdos Mediterráneos que unían sutilmente a España con la Triple Alianza, con la obtención de una garantía internacional para la soberanía española en la Gran Antilla a cambio de facilidades navales en los puertos españoles de la región del estrecho de Gibraltar. El fracaso, en segundo lugar, a mediados de 1896, de ese mismo gobierno conservador en su intento de dirigir un memorando a las seis grandes potencias europeas, pidiendo una acción colectiva que instase al gobierno norteamericano a que asumiera el compromiso rotundo, formal y público de no permitir

44. Bernard, Augustin, *La Question du Transsaharien*, Argel, 1899.

a sus ciudadanos ayudar a los insurrectos cubanos.⁴⁵ Esa inseguridad condicionaba los movimientos de España en el Sultanato.

En ese contexto, el representante español en Tánger, Emilio de Ojeda, no perdió el tiempo y antes de que finalizara el verano consultó con el Ministro plenipotenciario británico en la ciudad marroquí, Sir Arthur Nicolson. Nicolson y Ojeda convinieron en el diagnóstico sobre la gravedad del momento: los proyectos del Gobierno francés sobre el Tuat no eran, como lo habían sido hasta entonces, una mera entelequia, una hipotética amenaza como la que se había cernido sobre Marruecos a comienzos de la década de 1890. No. Estos proyectos formaban parte de un conjunto de operaciones, que había incluso trascendido a conocimiento público, diseñado y aprobado por el Consejo de Ministros francés, y en cuya ejecución se prescindía, definitivamente y por completo, de la exclusiva soberanía que hasta el momento había ejercido sobre el Tuat el Sultán de Marruecos. La gravedad y relevancia de lo proyectado había podido comprobarse en la rauda respuesta del *Majzén*: el antiguo Embajador marroquí en la corte de Madrid, Sid Abd el-Krim Brischá había sido llamado con celeridad a consultas por el Gran Visir Bu Ahmed, aunque el carácter de las deliberaciones que se estaban celebrando en Marrakesch permanecía en el más profundo de los secretos; al mismo tiempo Gianatelli Gentile, el primer Secretario y *Dragoman* de la Legación de Italia permanecía en la Corte conversando con las autoridades majzenianas, y dando pie a un sinfín de especulaciones sobre la posible reacción italiana al movimiento francés.

Las conversaciones hispano-inglesas en Tánger a finales del verano de 1896 acabarían por romper completamente la actitud española propia del bienio anterior (1894-1895) de aproximarse conjuntamente a las dos grandes potencias, Gran Bretaña y Francia, cuya concertación mutua en la cuestión marroquí parecía ya inalcanzable. En definitiva, eran las pretensiones galas sobre el Tuat las que estaban haciendo imposible, en aquel momento, una conjunción a tres bandas hispano-británico-francesa en la que se pudiese insertar cómodamente el gobierno español, asegurándose un futuro colonial en el previsible desmembramiento del Imperio jerifiano. La apertura de la cuestión marroquí estaba a punto de iniciarse, fruto del movimiento de pieza francés, y ese movimiento iba a suponer el traslado de la solución al problema del futuro de Marruecos a la órbita internacional. La constancia de la inmediatez de este hecho suponía manifiestamente la irrupción de algo preocupante en el ámbito de los cotidianos avatares de la diplomacia hispana, más atenta a otros problemas urgentes —Cuba, Filipinas— que se constituían en un correlato, el cual conducía con lógica implacable al despertar último del horror a perder las últimas colonias de un Imperio otrora poderoso. Durante estas semanas del estío de 1896, fue apoderándose tanto de las cúpulas oficiales del Estado como de los intereses colonialistas un sentimiento de cierta angustia, una especie de convencimiento interno de que se aproximaba en Marruecos una etapa crítica de cambio y de regresión (para los intereses españoles). Invocar las causas objetivas de esa angustia sería apelar al sentimiento de que toda

45. Torre del Río, Rosario de la, «Entre amenazas e incentivos. España en la política internacional, 1895-1914», *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, n.º 24, 2006, p. 237.

la labor activa que se había hecho en el Sultanato, desde 1887 estaba a punto de perderse. El desencadenamiento, a destiempo, de la cuestión marroquí podía abocar al país hacia un caos (en sus pretensiones imperiales) sin solución.

En estos inicios de la partida marroquí, el gobierno español optó por desmarcarse de cualquier compromiso aislado con el gobierno de la República, y se inició una aproximación o viraje diplomático hacia el Reino Unido que fue gestado incluso antes de producirse la petición oficial por parte del gobierno marroquí a los gobiernos de Londres y de Madrid de intermediación y gestión en la cuestión tuatí. En aquellos momentos, Emilio de Ojeda gozaba en Tánger de una cierta «libertad» de movimientos en sus tareas de representación y gestión diplomática, y en tales circunstancias Ojeda siempre buscaba, de manera prácticamente automática, llegar a un acuerdo con Gran Bretaña; España, por si sola, no estaba en 1896 todavía en condiciones de determinar el rumbo político de Marruecos, pero su fuerza añadida a la de Gran Bretaña se centuplicaba y ello permitía al gobierno español ganar tiempo, dilatar la disolución del Imperio marroquí, y ese tiempo le suponía a Madrid el poder prepararse mejor, a fin de que ese desenlace no le sorprendiera en una situación de inferioridad.⁴⁶ Ojeda y Nicolson veían como inevitable una apelación marroquí, acompañada por el envío de una misión diplomática, a algunos gabinetes europeos susceptibles de prestar su apoyo al *Majzen*.⁴⁷ Por otro lado, el Ministerio de Estado restauracionista no solamente se limitaba a dejar obrar con bastante libertad a Ojeda, sino que durante el mes de octubre remitió constantemente la información procedente de Tánger al Reino Unido, con el fin de sentar las bases de una posible consulta al gabinete británico. Para entonces, los acontecimientos se estaban sucediendo con suma celeridad: la Legación española en Tánger había ofrecido una recepción de gala, a la cual habían estado invitados varios miembros del *Majzen*, entre los cuales figuraba Abd-al-Krim Brischa, de vuelta de la Corte imperial y a punto de realizar una serie de gestiones en la capital diplomática marroquí; a raíz de este encuentro protocolario, tres días después, se iniciaban una serie de actuaciones emprendidas por Brischa que trataban de sondear la opinión española ante la previsible invasión del Sáhara oriental por las tropas francesas.

Estos primeros movimientos vinieron marcados por la timidez y la prevención de los consultantes marroquíes; en ellos no acababa de disiparse el recelo ante la política de concertación con Francia que, en lo tocante a Marruecos, había caracterizado el pasado inmediatamente anterior de la acción diplomática española. Brischa, individuo hábil y sagaz, no se mostraba dispuesto a comprometerse en una petición oficial, en toda regla, de apoyo hasta no estar bien seguro de una respuesta española, británica o italiana acorde a los intereses jerifianos; por eso, no acudió directamente a consultar a Ojeda, sino que

46. Sobre el contexto, véase Akmir, Youssef, «Marruecos previo a 1912: la injerencia europea entre la exploración etnológica y la intervención colonial», en Aragón, Manuel (dir.), *El Protectorado español en Marruecos. La Historia trascendida*, Bilbao, Iberdrola, 2013, pp. 109-125.

47. AGA, África, Marruecos, 73/2, Despacho n.º 164 de Ojeda al Ministro de Estado, Duque de Tetuán. 30-VIII-1896.

utilizó para sus contactos una vía indirecta, en forma de un antiguo empleado de la Legación. Ojeda actuó, en consecuencia, procurando ganar la confianza del diplomático marroquí: las instrucciones que había recibido del Gobierno español eran esencialmente las de aconsejar al «Majzén la más estricta prudencia y la sumisión del asunto a las naciones europeas».⁴⁸ El Sultán debía de abandonar toda pretensión de utilizar a sus fuerzas armadas para oponerse a Francia y en todo caso, se le aconsejaba buscar un respaldo entre aquellas potencias europeas amigas que pudiesen cerrar filas en torno suyo en esta ocasión, pero a la vez Abd al-Aziz debía de ser advertido de «los peligros que [en el sentir de España] encerraba [...] una confianza exagerada en el apoyo de Europa contra las pretensiones francesas».⁴⁹

De hecho, esta desconfianza no radicaba en la percepción española de la disgregación del sistema de conciertos y de equilibrios de poder entre potencias en Europa, y la apertura a una nueva fase en la historia de las relaciones internacionales, marcada por la configuración de un «sistema mundial» o «policéntrico»; sino en el temor que en Gran Bretaña y España suscitaba el hecho de que, encontrándose el Sultanato con un firme respaldo por parte de diversas potencias, la seguridad de su posición le llevara a enfrenarse decididamente a la República francesa, y que el choque inevitable de intereses suscitara la apertura inmediata de toda la cuestión marroquí, no circunscrita a la región del Tuat como hasta el momento presente. En Tánger, los delegados del Sultán se estaban oponiendo con inquebrantable firmeza a las pretensiones francesas y el enconamiento de la postura marroquí podía precipitar a Francia a desencadenar una invasión de todo el Sultanato.

Los representantes diplomáticos español y británico actuaban en plena conjunción y conformidad de intereses, con lo cual quedaba superada la anterior línea diplomática seguida por el gobierno de Madrid desde el fin del conflicto de Melilla (intentando ajustarse a un acuerdo simultáneo con Londres y París) y, por otra parte, parecía evidente un hecho que se iba a prolongar constantemente por lo menos hasta la primavera de 1901: la falta de una continuidad en la acción exterior española en la cuestión marroquí, entre 1894 y 1901. Ello fue fruto no solo de la ausencia —en ese período— de una voluntad política con metas claramente fijadas, sino de dos importantes carencias. En primer lugar, de medios materiales, de personal y navales, de elementos de presión en Marruecos de los que iba a adolecer España hasta la llegada de F. Silvela al poder. Y en segundo lugar, y con una mayor trascendencia, carencia de una política agresiva en el norte de África derivada del hecho de que el país —teniendo pendientes los problemas de las sendas rebeliones coloniales que se iniciaban en Cuba y Filipinas— no podía obrar en el Sultanato iniciando una decidida política expansiva, orientada claramente hacia la adquisición de territorios (no se instaurará esta estrategia hasta 1900 también con F. Silvela). Tampoco podía seguir otra estrategia que la defensiva: actuar a remolque siempre de Francia, procurando desbaratar —en la medida de lo posible— las iniciativas galas en el Imperio jeri-

48. *Ibidem*, Despacho n.º 181 de Ojeda al Ministro de Estado, Duque de Tetuán. 7-IX-1896.

49. *Ibidem*.

fiano. De hecho hasta 1899 y el final del conflicto con Estados Unidos, los gobiernos del turno tuvieron que afrontar siempre la misma realidad contradictoria en el Caribe y en la cuestión marroquí: la necesidad de la aproximación a Francia en las cuestiones de política exterior referidas al mantenimiento de la soberanía española sobre Cuba y la realidad frustrante de tener que combatir día a día la infiltración creciente de la Tercera República en Marruecos, donde los agentes galos aspiraban a consolidar la hegemonía de Francia, sin atender a las aspiraciones hispanas.

Con todo, esta interpretación debemos puntualizarla, pues entendemos que se había llegado en vísperas de la guerra con Estados Unidos a una suerte de equilibrio: la presión ejercida por los sucesivos gobiernos españoles desde la segunda mitad de la década de 1880 en los asuntos del Sultanato había conseguido forjar una imagen de respeto hacia España no solo por parte de los marroquíes sino, lo que era más importante, por parte de las restantes potencias comprometidas en el futuro del Imperio. España contaba en la cuestión marroquí, era de hecho uno de los actores principales de la obra llamada a representarse y al que no se podía despedir de su resolución. No iba, claro está, a llevar la voz cantante en dicha representación, pero su papel no podía ser relegado ni suprimido; gozaba en vísperas de la disolución del Imperio marroquí de una posición firme y prestigiosa que solo se disolvería en parte, y repentinamente, a raíz del desastre de 1898.

Establecido desde semanas antes el puntual acuerdo con Gran Bretaña, Ojeda relataba al Ministro de Estado cómo había respondido ante el sondeo del *Majzén*:

Decliné por tanto entrar en el fondo de la cuestión y me limité a seguir los pasos de V.E., aconsejando al Maghzen la más estricta (*sic*) prudencia, la sumisión del asunto á las naciones europeas y los peligros que en mi sentir encerraba para el Sultán una confianza exagerada en el apoyo de Europa contra las pretensiones francesas, confianza que alentaría al Maghzen a proseguir el curso de baladronadas y de violencias, que tan vivamente habíamos reprobado el Representante de Inglaterra y yo en los consejos que ambos dimos al Gobierno del Sultán con motivo de su reciente acción en el Touat, consejos y opiniones que merecieron a la sazón la alta aprobación de los Gobiernos de S.M. y de S.M. Británica.⁵⁰

Ojeda aconsejaba asimismo a Brischá, siguiendo las instrucciones gubernamentales, que diversificara su petición de ayuda a las potencias europeas, rogándole que no acudiera solo al *tándem* Gran Bretaña/España, sino que visitara las Legaciones de las demás naciones europeas con representación diplomática en Tánger o que, por lo menos, dentro de las europeas, a aquellas más interesadas en la supervivencia del Imperio. Ahora bien, según el diplomático español, no se trataba ni de mendigar ayudas, ni de una carrera desesperada por conquistar las simpatías de los representantes de las potencias europeas, intentando arrancar de sus gobiernos declaraciones oficiales más o menos vagas. A juicio de Ojeda, la acción marroquí se debía limitar a transmitir a los respectivos gobiernos una

50. AGA, África, Marruecos, 73/2, Ojeda al Ministro de Estado, Duque de Tetuán. Despacho no. 1817-IX-1896.

serie de misivas personales, o bien de Abd al-Aziz o bien del Gran Visir Bu Ahmed, exponiendo detalladamente la situación, y requiriendo de sus buenos oficios ante la actuación francesa, si así lo estimaban oportuno. Con todo, era esta una medida que España aconsejaba emprender solo en último extremo, es decir cuando se hubieran agotado previamente todos los medios conciliatorios con Francia: «[le rogué] que no apelase el Maghzen a estos medios, sino después de haberse cerciorado por una declaración explícita de Francia, que se habían agotado todos los recursos de conciliación directa entre ambas naciones».⁵¹

Respuesta marroquí a las pretensiones francesas. La nota del 6 de octubre de 1896

El diplomático marroquí no hizo caso alguno de las insinuaciones españolas; poco después, el Ministro Plenipotenciario de la Gran Bretaña informaba a Ojeda que ni Brischá, ni Mohammed Torres, el representante imperial ante el cuerpo diplomático en Tánger le habían dicho absolutamente nada sobre el asunto del Tuat. Es más, los delegados del *Majzén* no habían visitado a ninguno de los diplomáticos extranjeros acreditados en la ciudad. De hecho, poco después, quedaba suspendido el viaje anunciado tiempo antes de M. Torres a Tetuán, mientras llegaba a conocimiento español, la noticia de un enfrentamiento de gravedad en el territorio tuatí entre las autoridades argelinas y los delegados sultanianos en la región, a raíz del intento por parte de las primeras de abrir unos pozos —en territorio del Imperio— junto a la ciudad de Timmimum, intento frustrado por la oposición de la autoridad imperial en el distrito. Frente a las reclamaciones de la Legación francesa contra dicha oposición, el *Majzén* había respaldado la actuación de su funcionario.

Además el día anterior, 6 de octubre, y sin conocimiento previo del Gobierno español, el delegado Mohammed Torres, en lugar de desplazarse a Tetuán —como queda dicho— había remitido en Tánger una Nota del Sultán Abd al-Aziz al Encargado de Negocios de la Legación francesa. En el documento y en términos muy secos, casi cortantes, el Emperador ratificaba la oposición del gobernador del distrito tuatí, invadido por los franceses, a las pretensiones republicanas sobre un territorio que expresamente en la nota era aludido como una parte más del Sultanato. Añadía a continuación que en el caso de persistir el gobierno de París en sus intenciones de anexión sobre el Sáhara oriental, el Sultán había decidido someter el asunto a un arbitraje internacional⁵² (el Gobierno Imperial —se decía textualmente— estaba decidido «a someter el asunto al arbitraje de las naciones europeas y más particularmente a España»), y finalizaba en tono poco menos que amenazador, declinando toda responsabilidad futura en el caso de que el Gobierno de la República no aceptase la solución que el *Majzén* proponía.⁵³ El Sultán declaraba

51. *Ibidem*.

52. ASD, DDS, XL/11, 571/108, G. Malmusi-Visconti-Venosta, Roma, 12-X-1896, p. 33.

53. AGA, África, Marruecos, 73/2, Informe de la Sección de África del Ministerio de Estado redactado por el Marqués de González. Madrid, 23-IX-1897.

hallarse dispuesto a arrostrar cualquier eventualidad antes que ceder una pulgada más del territorio del Sultanato. Pero eso no era todo: Marruecos apostaba en su confrontación con Francia por conseguir el apoyo español, aún sin haber llegado a un pleno acuerdo con el Ministro Plenipotenciario Ojeda, ni tan siquiera haberlo discutido previamente. En el documento se especificaba que, en el propuesto arbitraje sobre el territorio tuatí, se iba a dar un papel preponderante, y una mayor relevancia e importancia, a la voz de España sobre la de los demás países europeos. El *Majzén* se apoyaba, decididamente, en el prestigio logrado en el Sultanato en el decenio anterior por España, en su papel de potencia de peso en la cuestión marroquí, tal como años después haría con Estados Unidos o con el Segundo Reich, para preservar su soberanía e independencia y su integridad territorial.⁵⁴

Marruecos jugaba fuerte, y esta jugada iba a conducirle al éxito. La respuesta francesa se retrasó varias semanas. Ojeda llegaría a conocerla por medios estrictamente confidenciales, no oficiales. Se trataba de una respuesta fría, templadísima en la forma y completamente evasiva en el fondo de la cuestión. En dicho documento, Francia no alegaba razón alguna para apoyar sus pretensiones sobre el Tuat; también es cierto que no rechazaba las que el Sultán había expuesto en su Nota del 6 de octubre, limitándose a expresar el deseo de que reinase entre las cabilas fronterizas a su colonia argelina la mayor concordia, y consignando su opinión de que el Sultán podría contribuir especialmente a este apetecido resultado, ordenando que se retiraran de aquel territorio algunas de sus autoridades. En cuanto al arbitraje de las naciones europeas sobre el Tuat propuesto por el Sultán, el gobierno francés prefería ignorarlo por completo, no haciendo en su contestación ni la más remota alusión al asunto. Tal como ha señalado Frédérik Parsons, las autoridades republicanas pensaban que éste no era el momento oportuno para iniciar una acción militar. El propio gobernador general de Argelia, Jules Cambon, estimaba que la cuestión del Tuat era irresoluble mientras que el contencioso con Gran Bretaña en torno a Egipto no quedase cerrado definitivamente: se creía, al respecto, que la ocupación de los oasis ocasionaría a Francia un sinnúmero de dificultades diplomáticas y provocaría la apertura de la cuestión marroquí. Esta actitud es típica de la errónea capacidad de juicio gala, que si por un lado, había llegado al convencimiento de que un movimiento sobre el Tuat provocaría consecuencias tan serias, por otro, estimaba que la expedición de Marchand sobre el Sudán forzaría a Inglaterra a llevar la cuestión egipcia a una conferencia internacional, donde la República contaría con el apoyo del Segundo Reich.⁵⁵

Conclusiones

El incidente había terminado. Incluso ante la perplejidad de los propios delegados imperiales, Brischa y Mohammed Torres que no se lo acababan de creer, todo había conclui-

54. *Ibidem*, Despacho n.º 181 de Ojeda al Ministro de Estado, Duque de Tetuán. 7-X-1896.

55. Parsons, Frédérik V., *The origins of the Morocco question, 1880-1900*, Duckworth, Londres, 1976, p. 591.

do. Al menos, de momento. Hasta 1899, las tropas francesas no invadirían el Imperio; de hecho, la proyectada expedición militar al Tuat había quedado aplazada, y una consecuencia de estos acontecimientos era la aproximación anglo-hispana. Ojeda y Nicolson seguirían en contacto durante todo el otoño y fruto de sus conversaciones, llegarían al acuerdo de aconsejar al Sultán el insistir en la proposición de arbitraje internacional, haciendo de esta manera recaer sobre Francia todas las responsabilidades de su negativa a aceptarlo, robusteciendo así la validez de los derechos soberanistas de Abd al-Aziz sobre este territorio.⁵⁶

El recurso a la apelación y arbitraje español por parte del Gobierno del Sultán en el litigio sobre el Tuat nos permiten señalar:

1.º) Que, en vísperas de 1898, la situación de España en Marruecos era la de una posición relativamente firme y consolidada con la que contaba el Sultán para, al intentar instrumentalizarla, hacer frente a las aspiraciones hegemónicas francesas en su territorio. Es más, el período inmediatamente anterior al conflicto de Melilla estuvo marcado por la diplomacia restauracionista en los asuntos atinentes al Imperio jerifiano por una serie de aciertos, conseguidos combinando las amenazas de emplear la fuerza armada en la cuestión marroquí por parte del ministro Moret con la práctica activa de la *gun-boat diplomacy* para crear una imagen de prestigio de la nación en el Imperio, y a ello se había unido una serie de intervenciones puntuales en favor del mantenimiento de la independencia del Sultanato.

2.º) De hecho, los éxitos diplomáticos españoles se sucedieron prácticamente sin solución de continuidad hasta el final de siglo, destacando entre ellos la intermediación de España en 1897 en el asunto del cautiverio de los marineros europeos presos por la cabila de *Bocoya*⁵⁷ o la creciente influencia hispana en el Rif durante los primeros meses de 1898, como lo revela la solicitud por parte de varios notables tanto de la cabila de *Aït-Urriaguel* como de la de *Bocoya* de la protección y la nacionalidad española.⁵⁸ Dado que se juzgaba que todavía no se habían alcanzado las condiciones requeridas a escala internacional y de reconstitución económica y de potencial del país para emprender una acción definitiva en Marruecos que condujese a asegurar el control permanente del territorio por España, la acción diplomática de los gobiernos de la monarquía desde la década de 1880 se había centrado —por razones de orden estratégico vinculadas a la seguridad nacional— ante todo en que ninguna otra potencia se asentara en el otro lado del Estrecho.

56. , AGA, África, Marruecos, 73/2, Despacho n.º 212. Ojeda al Ministro de Estado, Duque de Tetuán. 21-XI-1896.

57. AGA, África, Marruecos, 103/2. Informe de la Legación española en Tánger dirigido al Ministro de Estado, 12-XI-1897.

58. Sobre la solicitud de varios notables de Bocaya de obtención de la protección española, véase AGA, África, Marruecos, 103/2. Carta particular n.º 11 de Ojeda al Ministro de Estado, 19-I-1898; sobre la petición en ese mismo sentido por una parte de los notables de Aït-Urriaguel, AGA, África, Marruecos, 199/1. Despacho reservado n.º 41 de Ojeda al Ministro de Estado. 0-III-1898.

3.º) El conflicto de Melilla catalizó la atención de los gobiernos del turno sobre la soledad internacional en que se encontraba el país en la apertura de la cuestión marroquí, debida al desinterés del gabinete de Berlín a prestar su apoyo, y llevó tanto a los Ministros de Estado sagastino (Moret) como canovista (Duque de Tetuán) a reconsiderar que la orientación internacional de la monarquía debía pasar por el ajuste a un hipotético triple eje (franco-británico-ruso). Con todo, la diplomacia española, oscilando entre las amenazas intervencionistas (en el Sultanato) de finales de la década de 1880 y la intermediación en los asuntos del Rif a finales de la de 1890, había no solo cimentado el prestigio de España en el Imperio jerifiano, sino que incluso había conseguido una serie de éxitos desde una posición de autonomía y no subordinación con respecto a ninguna otra potencia. Este último aspecto habría que matizarlo indicando que también es cierto que la no subordinación con respecto a otros países vendría derivada tanto de la falta de integración en un bloque de alianzas como pudiera ser la Tríplice como de la incapacidad de llegar a acuerdos o compromisos estables con Inglaterra y Francia en los asuntos de Marruecos. Thérèse Benjelloun resalta al respecto que los sultanes —tanto Mawlay Hassan como Abd al-Aziz, atentos al juego de fuerzas internacional— utilizaban la diplomacia, apelando al apoyo de una potencia u otra, como un medio para mantener una política de indefinición con respecto a la presión de las potencias europeas. La finalidad era conservar su independencia durante el máximo tiempo posible.⁵⁹ La apelación del Sultán a España en los litigios con la Tercera República sobre el territorio del Tuat a finales del siglo XIX habría que situarla en este juego diplomático, entendiéndola como una de las vías de actuación que tenía el soberano marroquí, comparable a las apelaciones que haría paralela o posteriormente a Gran Bretaña, Alemania o Estados Unidos. Con todo, y aun aceptado como algo distante a lo ideal, la pervivencia del *statu-quo* marroquí, que garantizaba la tranquilidad de España basada en una estabilidad conservadora en el área del Estrecho (postulado del *quieta, non movere*), alejaba de momento cualquier posibilidad de trastornos amenazantes en la zona y se contemplaba por todos los gobiernos restauracionistas, tanto los canovistas como los sagastinos como el punto de referencia obligado de la política española en Marruecos.⁶⁰

59. Benjelloun, Thérèse, *Visages de la diplomatie marocaine depuis 1844*, Casablanca, Eddif, 1991.

60. Siguiendo las valoraciones de J. L. Neila, habría que apuntar que las preocupaciones de la monarquía restauracionista buscando la estabilidad en la región se centraban no solo en el Estrecho de Gibraltar en un sentido limitado sino también en el norte de África y en el Mediterráneo Occidental, todo ello dentro de un eje geoestratégico: islas Canarias-Estrecho de Gibraltar-islas Baleares, el área —vista por la diplomacia española— de mayor y más permanente conflictividad nacional e internacional en cuanto a escenario de rivalidad de intereses y frecuencia de crisis y enfrentamientos bélicos. Véase Neila Hernández, José Luis, «El perfil mediterráneo de la política exterior y de seguridad española en el siglo XX», en Nicolás Encarna y Carmen González (eds.), *Ayer en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy* (Edición en CD-Rom), Murcia, Universidad de Murcia, 2008, p. 1. El Mediterráneo Occidental, como bien acierta a afirmar Susana Sueiro se iba a convertir durante gran parte del siglo XX en el eje prioritario de la proyección internacional española, hasta el punto de que «la política mediterránea constituyó, de hecho, toda su política exterior». Véase Sueiro Seoane, Susana, «La política mediterránea», en Portero, Florentino (ed.), *La política exterior de España en el siglo XX*, *Ayer*, n.º 49, 2001, p. 185. En palabras de esta autora «no existe una política global mediterránea»,

4.º) Siguiendo la categorización establecida por Truyol, a pesar de la ineficacia e impotencia colonial que demostró España en el Imperio jerifiano en los años 1895 y 1896, se podría conceputar el papel de la monarquía restauracionista en la cuestión marroquí y en vísperas del desastre del 98, como el de una potencia sectorial, que con intereses particulares o limitados en un contexto regional, gozaba de una cierta capacidad y decisión necesarias para defender sus intereses y objetivos con un diverso número de actuaciones propias que, dentro de los límites establecidos por las grandes potencias, lograba imponer, siendo capaz de gozar de una determinada (aunque no amplia) capacidad de hegemonía respecto al país, Marruecos, al que anhelaba irradiar su influencia.

5.º) Por último, la diplomacia española, tras el fin del conflicto de Melilla, intentó ajustar sus actuaciones en Marruecos a las de los gobiernos británico y francés. Con todo, en un momento en el que se estaba prefigurando la apertura de «la cuestión de Marruecos», el incidente del Tuat revelaba que a partir de ahora, los gobiernos restauracionistas se habían de enfrentar a una complicada y contradictoria gama de problemas en el norte de África. España había de ajustar su política exterior sobre la base de una pura contradicción: la necesidad de conservar Cuba impulsaba a un acercamiento a Francia, mientras que la cotidiana presión imperialista gala en el Tuat y en el Rif forzaba a intentar una concertación con el Reino Unido, cuya actitud era de simpatía favorable a los Estados Unidos, el inminente adversario militar español.

Fuentes

Archivo General de la Administración (AGA)

Archivio Storico Diplomatico, Documenti Diplomatici a Stampa (ASD, DDS).

Archivo diplomático y consular de España. Revista internacional.

Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid

La Ilustración Hispano-americana

Memorial de Ingenieros del Ejército.

Le Petit Journal

El Popular

Revue Africaine

Referencias bibliográficas

Abdelhadi Alaoui, Moulay, *Le Maroc face aux convoitises européennes, 1830-1912*, Salé, Imprimerie Beni Snassen, 2001.

—, *Les années terribles du Maroc oriental, vols. 1 y 2*, Oujda, BMFI, 1996.

sería más apropiado referirnos a una «política marroquí», dado que sería «la cuestión de Marruecos la que domina de forma absolutamente abrumadora las relaciones de España con las potencias europeas de su entorno».

- Akmir, Youssef, «Marruecos previo a 1912: la injerencia europea entre la exploración etnológica y la intervención colonial», en Aragón, Manuel (dir.), *El Protectorado español en Marruecos. La Historia trascendida*, Bilbao, Iberdrola, 2013, pp. 109-125.
- Allain, Jean Claude, «La Conferencia de Algeciras en la estrategia diplomática francesa a comienzos del siglo XX», en González Alcantud, José Antonio y Eloy Martín Corrales, Eloy (eds.), *La conferencia de Algeciras en 1906: un banquete colonial*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 2007, pp. 51-72.
- , «La relation entre la France et le Maroc avant 1912, d'après leurs traités», en Allain, J. C. (ed.), *Représentations du Maroc et regards croisés franco-marocains*, París, L'Harmattan, 2004, pp. 75-92.
- Andrew, C. M. y Kanya-Forstner, A. S., «Centre and Periphery in the Making of the Second French Colonial Empire, 1815-1920», *Journal of Imperial and Commonwealth History*, n.º 16 (3), 1988.
- , «The French "Colonial Party": Its Composition, Aims and Influence, 1885-1914», *Historical Journal*, n.º 14 (I), 1971, pp. 99-128.
- Anta Ugarte, Javier, *Gonzalo de Reparaz: «Intellectual Errante»*, Barcelona, Universitat de Barcelona, 2016, Tesis doctoral inédita.
- Aubert, Paul (ed.), *Crise espagnole et renouveau idéologique et culturel en Méditerranée*, Aix-en-Provence, Publications de l'Université de Provence, 2006.
- Bouvier, Jean y René Girault, René (eds.), *L'Impérialisme français d'avant 1914*, París/La Haya, Mouton, 1976.
- Bouvier, Jean, René Girault, René y Jacques Thobie, *L'Impérialisme à la française*, Editions La découverte, 1986.
- Brunschwig, Henri, *French Colonialism. 1871-1914: Myths and Realities*, Nueva York, Frederick A. Praeger, 1966.
- , *Mythes et réalités de l'impérialisme colonial français, 1871-1914*, París, Armand Colin, 1960.
- Burke III, Edmund, *Prelude to Protectorate in Morocco. Precolonial protest and resistance, 1860-1912*, Chicago-Londres, University of Chicago Press, 1976.
- Caballero Echevarría, Fernando, *Intervencionismo español en Marruecos (1898-1928): Análisis de factores que confluyen en un desastre militar, «Annual»*, Madrid, Universidad Complutense, 2013, Tesis de doctorado inédita.
- Conrad, Sebastian, *Globalisation and The Nation in Imperial Germany*, Cambridge, University Press, 2010.
- Curato, Federico, *La questione marocchina e gli accordi mediterranei italo-spagnoli del 1887 e del 1889. Volumen I: Sino alla caduta del Ministro Moret (14 giugno 1888); Volumen II: Dal giugno 1888 all'agosto 1896*, Milán, Edizioni di Comunità, 1961-1964.
- Delaunay, Jean-Marc, *Méfiance cordiale. Les relations franco-espagnoles de la fin du XIX^e siècle à la Première Guerre Mondiale. vol. II: Les relations coloniales*, París, L'Harmattan, 2010.
- Diego Aguirre, José Ramón, «Referencias históricas de Marruecos en el desierto sahariano», *Revista de Historia Militar*, vol. 65, Madrid, 1988.
- Dumasy, F., «L'Impérialisme, un débat manqué de l'histoire contemporaine française? Pour une relecture des travaux d'Yvon Thébert dans la perspectiva de la colonisation», *Afrique & Histoire*, n.º 3/1, 2005, pp. 57-69.
- Fernández Rodríguez, Manuel, *España y Marruecos en los primeros años de la Restauración (1875-1894)*, Madrid, C.S.I.C., 1985.
- García Sanz, Fernando, «El escenario europeo», en VV.AA., *Memoria del 98. De la guerra de Cuba a la Semana Trágica*, Madrid, El País, 1998, pp. 27-29.

- Gildea, Robert, *The Children of the Revolution: The French 1799-1914*, Londres, Penguin Books, 2009.
- Hill, Christopher L., *National History and the World of Nations. Capital, State and the Rethoric of History in Japan, France and the United States*, Durham, Duke University Press, 2008.
- Kiernan, Victor, «Imperialismo y revolución», en Porter, Roy y Mikulá Teich (eds.), *La Revolución en la Historia*, Barcelona, Editorial Crítica, 1990.
- Kumar, Krishan, *Imperios: cinco regímenes imperiales que moldearon el mundo*, Barcelona, Pasado & Presente, 2018.
- Lamartiniere, Henri de y Norbert Lacroix, *Documents pour servir à l'étude du Nord-Ouest africain*, Argel, Gobierno General de Argelia. Servicio de Asuntos Indígenas, 1894-1897, 4 vols.
- Marseille, Jacques, *Empire colonial et capitalismo français: histoire d'un divorce*, París, 1984.
- Martínez Milán, Jesús, «Un discurso relativo a la frontera sur del reino de Marruecos entre el reinado de Mulay Hassan I y el establecimiento del protectorado hispano-francés (1874-1912)», *Awrâq*, n.º XVII, 1996, pp. 243-255.
- Michaux-Bellaire, Edouard, «Le Touat et les chorfa d'Ouazzan», *Mémorial Henri Basset*, París, 1928.
- Miège, Jean-Louis, *Le Maroc et l'Europe, 1830-1894*, vol. 4, París, Presses Universitaires de France, 1964.
- Neila Hernández, José Luis: «El perfil mediterráneo de la política exterior y de seguridad española en el siglo XX», en Nicolás, Encarna y Carmen González (eds.), *Ayeres en discusión. Temas clave de Historia Contemporánea hoy* (Edición en CD-Rom), Murcia, Universidad de Murcia, 2008.
- Nordman, Daniel, «L'armée d'Algerie et le Maroc: le dynamisme de la conquête (fin du XIX^e siècle-début du XX^e siècle)», en *Armeès, guerre et politique en Afrique du Nord (XIX^e-XX siècles)*, París, 1977, pp. 33-51.
- Parsons, Fredrik V., *The origins of the Morocco question, 1880-1900*, Duckworth, Londres, 1976.
- Robinson, R. E. y John Gallagher, «El reparto de África», en VV.AA., *Historia del Mundo Moderno de la Universidad de Cambridge*, vol. XI: *El progreso material y los problemas mundiales: 1870-1898*, Barcelona, Sopena, 1980.
- Robles Muñoz, Cristobal, «El horizonte europeo de la guerra de España en Cuba (1896-1898)», *Anuario de estudios americanos*, vol. 58, 2001, pp. 537-572.
- , «España y el equilibrio mediterráneo (1890-1891)», *Hispania*, vol. 208, Madrid, 2001, pp. 583-618.
- , «El Mediterráneo y la diplomacia secreta. España e Italia en 1894», *Rassegna storica del Risorgimento*, vol. XXXIV, Città di Castello, 1997, pp. 487-528.
- , *La política exterior de España. Volumen n.º I. Una política mediterránea, occidental y de paz (1899-1905)*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2006.
- Rodríguez González, Agustín, «El conflicto de Melilla en 1893», *Hispania*, n.º 171, Madrid, 1989, pp. 235-266.
- Salom Costa, Julio, «Del recogimiento al aislamiento (1890-1896)», en Fusi, Juan Pablo y Antonio Niño (eds.), *Vísperas del 98. Orígenes y antecedentes de la crisis del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, pp. 205-219.
- Sayagh, Saïd, *La France et les frontières Maroco-Algériennes, 1873-1902*, París, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1986.
- Schivelbusch, Wolfgang, *The Culture of Defeat. On National Trauma, Morning and Recovery*, New York, Metropolitan Books, 2001.

- Spurr, David, *The Rethoric of Empire: Colonial Discourse in Journalism, Travel Writing, and Imperial Administration*, Durham, Duke UP, 1993.
- Sueiro Seoane, Susana, «La política mediterránea», en Portero, Florentino (ed.), *La política exterior de España en el siglo XX*, *Ayer*, n.º 49, 2001.
- Torre del Río, Rosario de la, «Entre amenazas e incentivos. España en la política internacional, 1895-1914», *Studia Histórica. Historia Contemporánea*, n.º 24, 2006.
- White, Hayden, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, Baltimore, John Hopkins UP, 1978.